

Al otro lado

El otro lado significaba olvidar. Él no lo entendió cuando se lo dijeron. Y hacia allá fue.

Por la calle, volteó atrás, se dio cuenta del lodo que dejaba a cada paso, evidencia de dónde provenía. Sudaba de las manos, resbalaban papeles bajo su brazo y le apretaba el cuello de su camisa vieja. Siguió caminando. Llegó frente al muro que separaba el centro del distrito, pasaría porque era necesario, porque ahora era diputado.

El vigilante guardó silencio mientras pasaba la puerta enrejada. Él nunca había entrado. Miró el fondo donde se alzaba el edificio de gobierno. Un policía que pasaba lo saludó con una sonrisa. No contestó, ni siquiera pudo inclinar la cabeza. Incansable pensaba en las palabras de su hermano: “Tú vas a hacer el cambio”. Así, pasó al otro lado.

—¿Por qué yo?

—Hablas con todos tus vecinos, te aprecia todo el distrito. Ellos te conocen desde pequeño, has vivido aquí toda tu vida. Confían en ti. ¿Quién podría saber mejor que tú los problemas aquí? Eres honrado, trabajador, servicial, leal, tienes todos los valores que se necesitan para ser un buen político, un excelente diputado. Entiende que necesitan un digno representante.

—Pero no sé nada de política, menos lo que hace un diputado.

—De eso no te preocupes, se aprende con la práctica. Además, el partido te apoyará en lo que sea. Entonces, ¿aceptas?

Llegó al frente del edificio, una construcción con cuatro torres, una en cada esquina; en el centro estaba la cámara para las asambleas del congreso. Él tenía que ir a la primera torre hacia la derecha. Algunos del partido le dieron la bienvenida. Le asignaron uno de los cuartos más altos, sería su habitación y oficina. Ya en el cuarto, por la ventana vio el cielo. A lo lejos distinguió una zona marrón, ahí estaban las plantaciones, las granjas, las fábricas, en algún rincón, su casa. Un poco más adentro, una zona blanquecina con cubos pequeños de concreto. Ahí vivían los un poco menos pobres, los que no se dedicaban al campo; a pesar de la poca diferencia, hicieron construir una delgada barda para separar los olores, el ruido... y la gente. Y hasta el centro, una zona de grandes casas, con jardines, pintadas de diversos colores, separadas de lo demás por un grueso muro, construido para separar la delincuencia, la inseguridad... y la gente. Ahora estaba en ese lado.

—Buenos días. Ya sabemos lo que tenemos que hacer. La oposición es numerosa, pero hemos hecho los arreglos necesarios. Ningún voto en contra. No importa lo que griten o lo que pase, vamos a hacer frente a esos populistas.

—Señor, disculpe, ¿votar a favor?

—¡Obviamente! No podemos permitir que modifiquen el presupuesto.

—Pero está mal estructurado, al contrario, debemos ajustar...

—Espere. Díganme, ¿quién está encargado del jovencito? No me digan que el poder del pueblo lo trajo aquí.

Cerca del muro, su sombra en la noche eran pura oscuridad, la necesaria para ocultarse. Él caminaba con una mano acariciando el cemento helado. Al avanzar por la curvatura, distinguió una luz adelante. Descubrió que era otra puerta. Por la principal solamente entraban a pie los que iban a mendigar justicia. Cubierto con la luz de la luna que entraba por los barrotes del acceso, tocó su pecho, el corazón todavía lo sentía acelerado. Sentía nudo en la garganta, entonces gritó para desaparecer el silencio, aunque no pudiera ser el que guardó por las miradas acusadoras de personas con una insignia violeta en su saco.

—Muchacho, ¿por qué gritas?

—¿Quién es? ¿Dónde estás?

—Aquí, cerca de la puerta, pero del otro lado. Acércate, ¿vives allá adentro? Ah, no, eres un político.

—Sí. ¿La insignia?

—Te delata. ¿Qué haces tan lejos de tu palacio? ¿No deberías estar en un banquete?

—No. Sí. No lo sé. Estoy confundido.

—Tú no perteneces ahí. ¿De dónde eres?

—Yo trabajo con mi papá en las orillas, somos ganaderos.

—Ya veo. Te usaron muchacho.

—¿Por qué lo dice?

—Votos. Un cordero más.

—¿Cómo?

—¿Por qué aceptaste, muchacho?

—Para mejorar las cosas. Representar a mi distrito... Eso es lo que me dijeron.

—Yo también estuve alguna vez allá adentro. Ahora aquí, esperando recoger las sobras. Vete, sal de ahí. Antes de que te desilusiones de la vida. Si quieres cambiar las cosas, tendrías que destruir la ciudad para volverla a construir.

—Voy a tirar estos muros.

—¡Ja, ja, ja! Aunque los derribaras, ¿crees que podríamos vivir donde quisiéramos? No es una cuestión de muros. Poder, dinero, corrupción... Allá olvidas de qué lado vienes.

Regresó a la habitación. Al prender la luz vio una bandeja en el escritorio, la levantó, era un trozo de carne asado, partido en fajas que dejaban ver el interior rosado y jugoso. Tenía papas amontonadas, al costado una ensalada con vegetales frescos. Comenzó a comer sin mucho

ánimo, el estómago le había gruñido, haciéndole sentir un vacío desde el momento en que vio la comida. Después de unos bocados, olvidó el mal día en el congreso. Merecía algo después de ser utilizado, de cualquier modo, no se había rendido. Y estar al otro lado debía tener algo bueno.

Habían pasado algunos meses. Organizaba unos papeles en su escritorio, entonces escuchó un ruido afuera. Asomó su cabeza por la ventana, abajo, cerca del muro, varias personas se amontonaban en la puerta principal para pasar al centro, pero eran retenidos por varios policías. Él se apresuró a bajar. Algunas personas observaban a lo lejos. Se acercó más. “Comida”. “Medicinas”. “Seguridad”. “Dignidad”. “Justicia”. “Agua”. “Electricidad”. Muchos empujaban las puertas, hacia adelante, luego jalaban. Los policías intentaban mantener quieta la puerta, pero eran arrastrados. Unos comenzaron a sacar sus bastones, hicieron una hilera con los escudos transparentes, rodeando la entrada. Un crujido de los candados anunció la avalancha de las personas del otro lado. Hubo un choque, la hilera de policías se deshizo. Humo blanco comenzó a llenar el ambiente. Las sirenas de policías se escuchaban cada vez más cerca. Él no se movió, aunque los golpes estuvieran cerca de él. “Medicinas”. “Agua”. “Somos ciudadanos”. “No vamos a morir de hambre”. Vio caer a un muchacho por un golpe en la cabeza. Un grupo de encapuchados entró con un poste de metal. Y entre el enfrentamiento, vio el rostro de su hermano, traía un trozo de madera, golpeaba a dos policías que lo empujaban con el escudo. Su hermano lo vio, quedó quieto. Entonces tiraron a su hermano al piso. Él reaccionó, iba a acercarse, pero recibió un golpe en un costado de la cabeza, todo se hizo negro.

Despertó, estaba recargado en una llanta. Apenas pudo levantarse, al tocar su cabeza manchó con sangre coagulada sus dedos. Vio que la llanta era de un coche de policía. Un poco más adelante había una camioneta quemada, solamente permanecía metal derretido produciendo un ligero humo gris.

—¿Qué hacía aquí? Por poco se convierte en hombre muerto cuando vieron que es político de partido.

—No pude reaccionar, de repente perdí la razón. ¿Qué pasó?

—Una protesta que terminó en violencia. Tuvo suerte, vi cuando le dieron ese golpe que lo tiró al piso, pude llevármelo a tiempo.

—Gracias, muchas gracias.

—No agradezca, es mi trabajo.

—Y... ¿por qué hace este trabajo? ¿Usted no pertenece, es decir, acaso no vive de ese lado? Golpearlos, ¿no le causa, no sé?

—Sí, eso significa ser policía. No vivo aquí, pero es el trabajo que me permite sacar adelante a mi familia. Siempre alguien estará dispuesto a hacerlo si renuncio.

—Vaya...

—Aceptémoslo, ¿qué podemos hacer? ¿Quejarnos? ¿Revelarnos? Muchos no lo harían porque saben que arriesgan lo poco que han conseguido. Y a final de cuentas, a los políticos, sea el presidente, sean los diputados o quienquiera, nosotros los escogimos.

—Es curioso, allá dicen algo parecido. “¿Nosotros qué podemos hacer? Ellos nos escogieron”.

Él seguía temblando. Había firmado algunos papeles que no se enteró de qué eran, pero estaba seguro de que hizo algo correcto, aunque sabía que sólo para su consciencia. Estuvo orgulloso al ver el tablero con su nombre en color diferente a todos los demás del mismo partido, no importaron las miradas. Y en la expectación, pudo decir unas palabras revueltas, medio tartamudeando, pero iniciaron el aplauso de la oposición. Luego pasó directo a la calle, caminó rozando el muro, al otro lado, en el que siempre había vivido. El sol calentaba su herida, causaba un tenue dolor en su cabeza, pero iba con una sonrisa. Encontró a un hombre pidiendo cerca de una entrada más pequeña, por donde pasaban camiones de carga al centro de la ciudad.

—Tiene razón. Allá, al otro lado, pareciera que no somos parte de la misma ciudad.